

cuidado en adornarse el cuerpo y la cara de pesadas joyas y fantásticos tatuajes; sobre todo las mujeres gustan con pasión de brazaletes y anillos de hierro, de los que llevan frecuentemente en piernas y brazos considerable número. Cúbrese mejillas y muslos de dibujos destinados á embellecerlas; por lo demás son algo menos feas que los hombres y tienen á veces hasta cierta gracia.

Dedícanse los gondes al cultivo de la tierra; pero este arte, como los demás, está entre ellos muy poco adelantado. Cuando han escogido un paraje favorable, comienzan por derribar los árboles que lo cubren, pues en su país el bosque se extiende por todas partes con la pujanza que adquiere en la zona tropical. Queman en seguida los sales, los mhowas, las gigantescas higueras, después siembran el grano y de ordinario se contentan con depositarlo en pequeños montones en el límite superior del campo en pendiente, dejando al viento y á la lluvia el cuidado de dispersarlo sobre el suelo. Instalan alrededor sus ligeras chozas de ramaje y esperan á la recolección. Obtienen una segunda, una tercera, hasta que la tierra esté agotada; después van á buscar otro sitio que desmontar y sembrar, llevando consigo sus casas y cambiando así de puesto cada dos ó tres años.

La insuficiencia de sus instrumentos y de su ciencia agrícola les reduciría á una gran miseria si esperasen su subsistencia sólo de la tierra cultivada. Su rico país les ofrece abundantes recursos; tales son los frutos de los mangos, de los sales, de las higueras y de los azufafos, y sobre todo las flores del mhowa, que han salvado del hambre poblaciones enteras. De esas flores bienhechoras obtienen, además de un precioso alimento, un licor fermentado, con el que se embriagan en las circunstancias solemnes. Se nutren igualmente con la caza que pulula en sus bosques y con los peces que abundan en los ríos.

Sin ser cobardes, no constituyen los gondes un pueblo belicoso. No tienen los instintos agresivos y destructores de los bhiles. Son, sin embargo, como estos últimos, decididos ladrones, y aun á los que viven en la llanura y han entrado en el movimiento

de la civilización no se les ha podido persuadir de que no es natural robar cuanto hallan á su alcance perteneciente á los indos ó á los ingleses, entre los cuales viven. Sienten, sin embargo, horror á la mentira y se distinguen por esta cualidad, como casi todos los salvajes de la India, de los indos propiamente dichos, en los cuales la falsedad es proverbial.

Los gondes son en su terreno hospitalarios y pacíficos. No son crueles como no estén excitados por el fervor religioso ó por libaciones abundantes de arack, en cuyos casos se precipitan sobre una víctima para hacerla pedazos con uñas y dientes. En nuestros días esa víctima es raro que pertenezca á la especie humana.

No obstante, á pesar de la vigilancia de la policía inglesa, á la que por otra parte escapan muchos lugares impenetrables, muchas mesetas escarpadas, muchos valles infectos por las fiebres palúdicas, es probable que los sacrificios humanos se continúen en el país de los gondes; sólo en la región en que los europeos están en relación con esos pueblos es donde tienden á desaparecer los ritos sangrientos. El becerro, el cabrito ó la gallina misma son hoy reemplazados como ofrenda á la divinidad por maniqués de mimbre, figuras de tierra ó simplemente por flores y frutos. Los altares, construídos en un círculo de piedra al pie de los árboles sagrados, no se enrojecen hoy sino por un embadurnamiento de color que recuerda la sangre que antes se vertía allí.

A los demonios y á los espíritus malhechores es sobre todo á quienes los gondes ofrecen dones simbólicos ó sacrifican víctimas todavía. La creencia en los malos espíritus es universal entre los aborígenes de la India. Sus genios con intenciones generalmente perversas vagan al anochecer alrededor de las ciudades. Es preciso que encuentren á esa hora agua sobre el altar para apagar su sed, frutos para saciar su hambre, sangre vertida para satisfacer su venganza, ó el siniestro color rojo que debe engañarlos con su apariencia. Es preciso que encuentren también clavadas en el suelo estacas sobre las que puedan reposar sus



pies invisibles, pues les está vedado pisar la tierra y vagarían irritados sin esa precaución.

Los espíritus así temidos y adorados por todos los pueblos primitivos de la India son las almas de los muertos, y sobre todo las que han sido separadas del cuerpo de un modo trágico. Cuando alguno muere de una manera violenta, aunque sea voluntaria, se supone que su espíritu atormentado vuelve á vagar en los lugares en que pasó su vida y se le atribuye un poder maligno que es preciso conjurar por exorcismos y sacrificios. Las almas de las mujeres muertas con motivo del parto son las más difíciles de aplacar. También, si se da el caso de que un extranjero muera en su casa, conságranle inmediatamente un culto como acostumbran á hacerlo por los parientes. Habiendo sucumbido el capitán Pole á consecuencia de las heridas recibidas en un combate librado con motivo de tentativas que había hecho para atravesar Gondwana y ganar Madras, las poblaciones entre las cuales expiró, aterrorizadas con la idea de que su alma iba irritada á frecuentar en adelante sus hogares, le elevaron altares y procuraron hacérselo favorable por medio de ofrendas y de oraciones.

No adoran únicamente los gondes las almas de los muertos; puede decirse que todo es dios para ellos; las fuerzas y las plagas de la naturaleza son igualmente objeto de su adoración. Cada plaga está presidida por un demonio particular cuyo culto debe ser observado de una manera rigurosa si no se quiere padecer los males que guarda. El cólera, la fiebre de los jungles, la viruela y sobre todo la temible sequía son honrados é invocados con la esperanza de que tantas muestras de respeto los conservarán distantes. Pero el dios que con el sol, propicio ó adverso, con la tierra, fecunda ó estéril, ocupa el primer lugar entre la legión de las divinidades en la India central, el dios todopoderoso á cuyo solo nombre se palidece y se tiembla, es el dios tigre, el devorador de hombres.

Cuando un tigre ha probado carne humana y la pasión que le inspira le ha convertido en el terror de toda una comarca, inme-

diatamente se le levantan altares. El demonio que le anima se confunde con las almas de los que ha devorado y su fuerza crece con el número de sus víctimas. Se invoca á éstas con no menos fervor que al tigre mismo, puesto que su furor se junta al suyo é importa ante todo aplacarlos. Frecuentemente para conjurar el peligro hacen venir un sacerdote renombrado que pertenece en general á la tribu de los Baigas. Para sacar del cuerpo del tigre por sus exorcismos los espíritus que le han convertido en ávido y feroz, el sacerdote los llama á sí. A fuerza de discurrir y de gesticular sufre como una especie de extravío, se figura que la ferocidad del tigre ha pasado á su ser y se precipita entonces sobre un cabrito vivo que le llevan en sacrificio; lo estrangula con sus dientes, desgarrá sus carnes, introduce su cabeza en las entrañas humeantes, y después, levantándola, muestra su cara ensangrentada á la muchedumbre, que aúlla de esperanza y de placer.

Esta adoración de todas las calamidades divinizadas se extiende igualmente á muchos pueblos primitivos de la India, y en particular entre los gondes, á las serpientes venenosas y sobre todo á la terrible cobra. Muchas veces se dejan los desgraciados morder sin osar molestar al animal á que con tanta frecuencia han rezado. Este culto de la serpiente ha valido á los dravidianos el nombre de nagas, por el cual los arios en general los designan.

En la India, donde todas las religiones viven unas al lado de las otras en buena inteligencia y con frecuencia prestándose dogmas, símbolos ó ritos, la creencia en los espíritus y el respeto supersticioso á las serpientes y los tigres han penetrado hasta entre los vencedores civilizados y se encuentran en alguna proporción entre los brahmanes y hasta entre los musulmanes. La serpiente se ha convertido en uno de los atributos de los grandes dioses indos; los pliegues graciosos de su cuerpo constituyen motivos arquitectónicos y su cabeza con sus pupilas inmóviles se levanta amenazadora al lado de la de Vishnu.

No reconocen los gondes el sistema de castas, pero están divididos en tribus, entre las cuales se verifican los casamientos.



Una unión realizada entre gentes del interior de la misma tribu sería considerada como un incesto y podría ser castigada con la muerte. El rapto real ó ficticio de la novia por su novio es la práctica normal en esos pueblos. Con frecuencia esto no es más que un pretexto de diversión, en la que las compañeras de la esposa la defienden alegremente contra los amigos del esposo. Éstos, como es natural, son siempre los vencedores y se llevan riendo á la cautiva sobre sus espaldas. Algunas veces, aun en muchos pueblos primitivos de la India central, el rapto debe ser repetido después del casamiento, cuando dos ó tres días más tarde la mujer abandona la casa conyugal y se retira con lágrimas fingidas á la casa paterna, que declara no querer dejar más.

Generalmente los gondes compran una mujer para su hijo antes que éste esté en edad de casarse de un modo definitivo. El suegro escoge una nuera fuerte y robusta que le sirve de criada y frecuentemente de querida hasta que el verdadero marido la reclama. Estas son, como se ve, costumbres algo semejantes á las de los mugiks rusos. Salvo esta costumbre, son los gondes monógamos, y siendo siempre las mujeres mucho mayores que sus maridos, ejercen en la familia una influencia preponderante.

La organización política de los gondes es de las más sencillas. Cada pequeño clan está gobernado por un jefe que se somete en general á las decisiones de los ancianos reunidos en asamblea. Todos los hombres de la tribu tienen voz en el gobierno. Con mucha frecuencia el jefe es un descendiente de rajputes. Algunos representantes de este último pueblo fueron, en efecto, rechazados diversas veces, á consecuencia de guerras, al país de los gondes, en el que adquirieron pronto cierto prestigio.

8.º — POBLACIONES DE AMARKANTAK, DEL CHOTA NAGPORE  
Y DE ORISSA, KOLES, ETC.

Al Nordeste del macizo central de la India se levanta el Amarkantak. Es el punto culminante y el núcleo de toda esta región montañosa. Constituye también la parte menos explorada. Los

bosques son en ella más impenetrables, los jungles están más llenos de bestias feroces y los valles son más peligrosos, pues reinan en ellos constantemente las fiebres. El hombre es en esa región también más salvaje, más aproximado al animal, con el que desafía el mortífero clima y al que disputa sus groseros alimentos. Toda descripción, por otra parte, se detiene forzosamente aquí en el límite donde se han detenido los pasos del civilizado invasor. Todo queda reducido á suposiciones por lo que respecta al género de vida de los habitantes de esta terrible comarca; los indos de la llanura los pintan como monos y los temen como genios de poder maléfico. Misteriosas leyendas circulan á propósito de los profundos bosques y de los sombríos desfiladeros donde vegetan aún sin duda algunos miserables representantes de las más antiguas razas de las Indias.

El Chota Nagpore forma la región intermedia entre la elevada meseta de las provincias centrales y las llanuras próximas á la embocadura del Ganges. Se inclina al Sudeste hacia el golfo de Bengala y comprende las altas cuencas del Mahanuddi y del Brahmani; sobre sus pendientes del Noroeste corren los afluentes del Sone y pertenece en gran parte á la provincia de Bengala.

Así desde el punto de vista etnológico como desde el geográfico, el Chota Nagpore es un país de transición. Si se desciende de sus alturas para dirigirse hacia Audh, donde vive, según hemos visto, una de las más hermosas razas arias de la India, se encontrarán sucesivamente todos los tipos que ofrece esta inmensa comarca, desde el negro horroroso, dedicado al grosero fetichismo, hasta el orgulloso bracmán.

Está el Chota Nagpore principalmente poblado por tribus autóctonas; pero estas tribus, que se conservan salvajes en la montaña, se indianizan cada día más en la llanura, y nos es preciso hacer constar respecto de ellas, como lo hemos hecho al tratar de los gondes, que todas nuestras descripciones se refieren sobre todo á su estado primitivo, tal como puede aún hoy observarse en los parajes más extraviados y menos accesibles del territorio que habitan.